

## «PERÚ CAMPEÓN»: FIEBRE FUTBOLÍSTICA Y NACIONALISMO EN 1970<sup>1</sup>

Carlos Aguirre  
Universidad de Oregon

*«El fútbol es la patria, el poder es el fútbol: Yo soy la patria, decían esas dictaduras militares».*

Eduardo Galeano (1995, p. 158)

*«Las instituciones que producían nacionalidad se han deteriorado o han perdido todo sentido. Pasan a primer plano otras formas de nacionalidad, que existieron antes, pero que nunca como hoy cubren todos los vacíos de creencia. En el estallido de identidades que algunos llaman posmodernidad, el fútbol opera como aglutinante: es fácil, universal y televisivo. No es la nación, sino su supervivencia pulsátil. O, quizás, la forma en que la nación incluye hoy a quienes, de otro modo, abandona».*

Beatriz Sarlo (citado en Alabarces, 2002, p. 18)

El 3 de octubre de 1968, el Ejército peruano derrocó al presidente Fernando Belaunde Terry e inició una «revolución» *sui generis* cuyos objetivos —a diferencia de la mayoría de regímenes militares en la región— eran el cambio radical de las estructuras sociales y económicas y la búsqueda de la justicia social y la liberación nacional. Una ola de retórica nacionalista y una serie de reformas sociales tuvieron como efecto, entre otras cosas, cambios drásticos (si bien en ocasiones efímeros) en las identidades y prácticas sociales de la mayoría de peruanos. El gobierno militar buscó, consciente y agresivamente, movilizar a las masas detrás de sus reformas, entre las cuales estuvieron la nacionalización del petróleo y la reforma agraria. Aunque sigue abierta la polémica en torno a la valoración última del velasquismo, nadie pone en duda que las reformas iniciadas en octubre de 1968 representaron un punto de quiebre en la evolución histórica peruana. Para bien o para mal, nada volvería a ser igual.

---

<sup>1</sup> Quiero agradecer la ayuda decisiva de Gerardo Álvarez en la investigación que sustenta este artículo, así como los comentarios de Brenda Elsey y los demás participantes del panel sobre «El fútbol *soccer* y la (de)construcción de la nación», presentado durante el congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA) en San Francisco, del 23 al 26 de mayo de 2012. El diálogo con Ricardo Tremolada y sus acertadas críticas y sugerencias fueron decisivas en la preparación de la versión final de este artículo. Las citas son reproducidas textualmente, respetando la redacción original.

En agosto de 1969, poco menos de un año después del golpe militar y dos meses más tarde de la promulgación de la trascendental ley de reforma agraria, la selección peruana de fútbol lograría —por primera vez en su historia— la clasificación para disputar la Copa Mundial de México 1970, luego de eliminar a la poderosa y favorita selección argentina. Se produjo entonces una ola de entusiasmo futbolístico y nacionalista —en todo el país, pero sobre todo en Lima— reflejado en manifestaciones callejeras, caravanas, discursos, condecoraciones, etcétera, y que iría en aumento conforme se acercaba el torneo mundialista, cuya inauguración estaba programada para el 31 de mayo de 1970.

El régimen militar trató de sacar provecho de la fiebre futbolística para reforzar su proyecto político y consolidar la supuesta unidad entre «pueblo» y «fuerza armada» que venía promoviendo. La coincidencia en el tiempo del discurso y práctica nacionalistas de los militares y los éxitos futbolísticos de la selección produjo una compleja articulación de varios tipos de sentimientos identitarios que, aunque en apariencia se reforzaban mutuamente, al final mostrarían las fisuras y limitaciones de la retórica nacionalista que tanto el gobierno militar como el fútbol parecían reflejar. Este artículo reconstruye las vicisitudes de esta relación compleja entre deporte, política y cultura popular, y analiza el impacto que tuvo el fútbol, tanto en sus momentos más gloriosos como en sus menos brillantes, en la generación (a veces espontánea, a veces dirigida) de formas de expresión ciudadana y popular y en la formación y manifestación pública de imaginarios colectivos.

El fútbol, como lo han subrayado diversos estudiosos, es un deporte que a lo largo de su historia ha contribuido como pocos a la forja de sentimientos nacionalistas. «La comunidad imaginada de millones de seres parece más real bajo la forma de un equipo de once personas cuyo nombre conocemos», señaló el historiador británico Eric Hobsbawm (1992, p. 153). El fútbol da lugar a la generación o consolidación de identidades «tribales», ha enfatizado el escritor y ensayista holandés Ian Buruma (2008). Cuando se trata de celebrar los éxitos o lamentar los fracasos de los equipos nacionales, las «emociones nacionalistas» se expresan en formas que, como ha subrayado Anne Applebaum (2002), no serían oportunas o aceptables en otros contextos: «Simplemente no existen demasiados lugares en los que uno puede cantar su himno nacional hasta perder la voz sin generar una trifulca». Pablo Alabarces (2002, pp. 19-20) considera al fútbol como una «máquina cultural productora de nacionalidad» y subraya la centralidad del fútbol en la construcción de «narrativas nacionalistas pregnantes y eficaces» en Argentina, «en general con un alto grado de coherencia con las narrativas estatales de cada periodo». Esta confluencia entre el «nacionalismo futbolístico» y las «narrativas estatales» es particularmente importante en el contexto de regímenes populistas, nacionalistas y militares en América Latina.

La popularidad del fútbol lo convirtió, desde muy temprano en el siglo XX, en una práctica particularmente atractiva para su utilización con fines políticos. Los casos de Getulio Vargas en Brasil y Juan Domingo Perón en Argentina demuestran la importancia del fútbol en la construcción de imaginarios colectivos y nacionales al servicio de proyectos populistas<sup>2</sup>. El velasquismo nunca tuvo las mismas motivaciones ni impulsó con la misma energía la práctica del fútbol como lo hicieron Vargas y Perón, pero no desaprovechó la oportunidad —que se le presentó durante la campaña del Mundial de México 70— para intentar algo muy parecido a lo que hicieron los regímenes populistas en Brasil y Argentina: utilizar el fútbol para construir nación y reforzar el proyecto político que se estaba implementando.

La reconstrucción de las expresiones de la fiebre futbolística, generada por la selección nacional de fútbol entre 1969 y 1970 en un contexto de cambios políticos trascendentales guiados por una ideología explícitamente nacionalista, nos permitirá observar algunos rasgos centrales de la mentalidad y la cultura de los limeños de esos años y reflexionar sobre el carácter intenso y exacerbado, pero también frágil y efímero, de los sentimientos nacionalistas de varios sectores de la población.

## EL NACIONALISMO MILITAR PERUANO DE 1968

El 3 de octubre de 1968 los peruanos despertaron con la noticia de que el presidente Fernando Belaunde Terry había sido depuesto por un golpe militar. La primera reacción de los ciudadanos fue asumir que se trataba de una más en la larga historia de intervenciones militares que jalonan el siglo XX peruano y que tenían por objetivo defender el *statu quo* y bloquear el acceso al poder de movimientos y partidos de corte reformista como el APRA. De hecho, el proceso electoral que debía haber culminado en la elección de un nuevo presidente en 1969 estaba ya en marcha y Víctor Raúl Haya de la Torre, el líder aprista, era uno de los favoritos, si bien para entonces ya no representaba una opción de izquierda o reformista y aparecía más bien como el candidato de las fuerzas conservadoras y anticomunistas. El golpe de Estado fue interpretado por algunos comentaristas, y ciertamente por los militantes del APRA, como un intento de frenar, una vez más, las aspiraciones del viejo líder aprista. La antigua rivalidad entre el APRA y el Ejército, que continuaba viva pese al giro ideológico que el primero había experimentado, alimentaba este tipo de especulaciones<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> Ver, por ejemplo, Rein (1998).

<sup>3</sup> La bibliografía sobre el velasquismo es inmensa. Uno de los esfuerzos más importantes por ofrecer una reconstrucción histórica y sociológica de dicho proceso fue el trabajo colectivo compilado por Carlos Franco (1983).

La sorpresa fue mayúscula, sin embargo, cuando el general Juan Velasco Alvarado, líder de los militares golpistas, proclamó el carácter revolucionario y nacionalista del nuevo gobierno de las fuerzas armadas y anunció una serie de «reformas estructurales» que buscaban acabar con la dominación oligárquica y el control imperialista sobre la economía peruana. Muy pocos días después, el 9 de octubre, se concretaría una de las medidas más audaces y simbólicas del gobierno militar: la nacionalización de la industria petrolera controlada hasta entonces mayoritariamente por la empresa estadounidense International Petroleum Company. Una fuerte retórica nacionalista y antiimperialista impregnaba las acciones del gobierno:

El Gobierno Revolucionario, enarbolando la bandera de la nueva emancipación, ahora y para siempre, pone en labios de cada peruano la vibrante expresión de nuestro himno: ¡Somos libres, seámoslo siempre!, e inicia el cumplimiento de sus inquebrantables propósitos proclamando con altiva sonoridad para que se escuche en todos los continentes, que la soberanía del Estado peruano no es desde este momento un mero enunciado sino una auténtica realidad.

En Talara, donde se estaba efectuando la toma de la refinería, las fuerzas armadas, «con la más alta emoción patriótica hacen flamear el emblema nacional como expresión de nuestra indiscutida soberanía», proclamó Velasco (1971, p. 3). Con el paso de los meses, nuevas medidas (expropiaciones, nacionalizaciones, reforma agraria, reforma educativa, entre otras) confirmarían que este régimen no respondía ni a la tradición golpista peruana ni al patrón de gobiernos burocrático-autoritarios que se estaban estableciendo en América Latina (Brasil en 1964, Argentina en 1966) para contrarrestar el impacto de la revolución cubana en el contexto de la guerra fría y bajo el amparo de la Doctrina de Seguridad Nacional<sup>4</sup>.

### **EL FÚTBOL PERUANO Y LOS CAMPEONATOS MUNDIALES: UNA HISTORIA DE FRUSTRACIONES Y ESPERANZAS**

El golpe militar de 1968 ocurrió pocos meses antes del inicio de la campaña de clasificación de seleccionados nacionales para disputar el Mundial de fútbol de México en 1970. En aquella oportunidad, los equipos sudamericanos (diez en total) fueron distribuidos en tres grupos, dos de tres y uno de cuatro escuadras, para disputar los tres cupos asignados a Sudamérica en el campeonato mundial. Al Perú le había correspondido un grupo algo complicado, pues debía enfrentarse a Argentina, una de las potencias futbolísticas del continente; el otro rival era Bolivia, uno de los equipos

<sup>4</sup> Entre la numerosa bibliografía sobre los regímenes militares en la región, ver Loveman (1999) y Wright (2007).

considerados más débiles de la región. El consenso general era que la disputa por un lugar en la final mundialista iba a estar entre Perú y Argentina. Una serie de éxitos recientes por parte de clubes peruanos y la calidad individual de muchos de los jugadores hicieron crecer el optimismo de la afición local respecto a las posibilidades del equipo peruano.

El Perú solo había participado hasta entonces en un campeonato mundial, el de 1930 en Uruguay, y en aquella oportunidad asistió por invitación. Desde entonces, el equipo peruano no había estado presente en ninguna de las finales mundialistas. Había tenido algunos éxitos aislados —el título en los Juegos Bolivarianos de 1938 y el Campeonato Sudamericano de 1939, por ejemplo—, pero no había logrado ubicarse entre los equipos más respetables del fútbol latinoamericano, entre los que brillaban con luz propia Brasil, Uruguay y Argentina. El momento de mayor visibilidad para el fútbol peruano, cuando los ojos del mundo entero se posaron sobre él, no se debió a su calidad o sus éxitos, sino a una de las peores tragedias del deporte mundial: la muerte de más de 300 espectadores en el Estadio Nacional de Lima, el 24 de mayo de 1964, cuando una decisión arbitral que perjudicó al equipo peruano, que se enfrentaba precisamente a Argentina por la clasificación a las Olimpiadas de Tokio, desembocó en protestas y peleas que generaron una desmedida reacción policial. En la desesperación por abandonar el estadio en medio de una nube de humo y gases lacrimógenos, los hinchas se encontraron con las puertas de salida cerradas. La mayoría de víctimas murieron por asfixia o aplastados por la multitud<sup>5</sup>.

La campaña de clasificación al Mundial de México se presentaba como una excelente oportunidad para recuperar algo de la autoestima nacional en materia futbolística. Perú contaba con una notable generación de futbolistas y el equipo estaba dirigido por Didí, un extraordinario exjugador de fútbol brasileño que organizó un equipo solvente y de jerarquía. El gobierno militar supo interpretar la expectativa y el optimismo y buscó desde el comienzo hacer explícito su apoyo al equipo peruano. Pocos días antes del comienzo de los partidos clasificatorios, el 31 de julio de 1969, los futbolistas de la selección peruana fueron recibidos en Palacio de Gobierno. El general Velasco les hizo entrega de los uniformes que habrían de usar en esos encuentros y reclamó de ellos un «triunfo verdadero y no moral», en referencia a la larga lista de fracasos deportivos que solían ser presentados, a manera de consuelo, como victorias «morales». «Necesitamos goles, muchos goles, y triunfos materiales», subrayó Velasco (ver figura 1)<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Esta tragedia ha sido novelada por Jorge Salazar en *La ópera de los fantasmas* (1980).

<sup>6</sup> *La Prensa*, 1 de agosto de 1969, p. 26.

Figura 1. Presidente Juan Velasco Alvarado durante la entrega de uniformes a los integrantes de la selección peruana de fútbol



Fuente: *La Crónica*, 1 de agosto de 1969, p. 26.

## RUMBO A MÉXICO, PASANDO POR BUENOS AIRES

El primer partido del grupo, el 27 de julio de 1969, terminó con el sorpresivo triunfo de Bolivia ante Argentina por 3 a 1 en La Paz. Perú recibió este resultado con comprensible satisfacción, pues el equipo supuestamente favorito del grupo empezaba su actuación con un gran traspie. Dos semanas después, Perú jugó con Argentina en Lima, ante un estadio lleno y un público enfervorizado. Antes del partido, reportó *La Prensa*, «por única vez en la historia deportiva del Perú cerca de 50 mil almas entonaron el himno nacional [...]. El “Somos Libres” retumbó quizás más fuerte que nunca». El estadio parecía un «bosque de banderas peruanas»<sup>7</sup>. Perú ganó 1-0.

<sup>7</sup> *La Prensa*, 4 de agosto de 1969. *La Crónica* reportó: «[E]l momento supremo fue cuando el Himno Nacional fue entonado por el fabuloso coro conformado por las 43 000 almas que ayer asistieron al Estadio. Nadie se quedó callado. Todos lo entonaron con formidable y contagiosa unción patriótica. Con alma, con fuerza, a viva voz». *La Crónica*, 3ª. edición, 4 de agosto de 1969, p. 9.

La euforia se apoderó de los aficionados y de la población en general. Un editorial de *La Prensa* comentó que «el Perú entero vibró de emoción y prorrumpió en júbilo incontenible» luego del único gol que le dio la victoria a la selección peruana<sup>8</sup>. Al finalizar el partido, el ministro del Interior, Armando Artola, acudió al camarín peruano a felicitar a los futbolistas por el triunfo. En las calles, «los aficionados hicieron un carnaval del triunfo peruano». Una fotografía muestra a un grupo de hinchas con una enorme bandera peruana, «cantando y viviendo el triunfo»<sup>9</sup>.

Una semana después, sin embargo, Perú perdería en La Paz 2-1 en un partido que terminó en escándalo: el árbitro Sergio Chechelev, de nacionalidad venezolana, anuló un gol peruano que hubiera significado el empate 2-2. Según el estudioso Jaime Pulgar Vidal, esa misma tarde, motivado por el injusto fallo del árbitro, el médico y compositor Félix Figueroa compuso el tema «Perú Campeón», que habría luego de convertirse en una especie de himno y grito de guerra durante el resto de la campaña de clasificación y la temporada mundialista y que aún hoy se canta y escucha en ocasiones importantes para el fútbol peruano<sup>10</sup>. Cuando retornaron a Lima, los futbolistas fueron recibidos por una gran cantidad de aficionados en el aeropuerto (unos mil, según cálculos periodísticos), quienes lograron acercarse hasta las escalinatas del avión y levantaron en hombros a Didí y a los futbolistas, mientras entonaban el himno nacional. Una caravana de vehículos acompañó al equipo desde el aeropuerto hasta Ancón, donde estaban hospedados<sup>11</sup>.

El siguiente partido del equipo peruano sería frente a Bolivia en Lima. Perú debía ganar para mantener sus opciones de clasificar para México 70. La víspera, y hasta altas horas de la noche, «cientos de automóviles convirtieron en un loquerío La Colmena» y otras calles de la capital. Los sonidos de bocinas y los gritos de los hinchas en apoyo a la selección llenaron de ruido la noche limeña<sup>12</sup>. El día del partido, los futbolistas fueron acompañados por una caravana desde Ancón hasta el estadio. El resultado fue un claro 3-0 a favor de Perú. Al finalizar el partido, una vez más los limeños salieron a las calles a festejar. «Todo Lima celebró con júbilo el triunfo», tituló *La Prensa*<sup>13</sup>.

---

<sup>8</sup> *La Prensa*, 5 de setiembre de 1969, p. 8.

<sup>9</sup> *La Crónica*, 3a. edición, 4 de agosto de 1969, p. 21.

<sup>10</sup> Jaime Pulgar Vidal, «Perú Campeón! (Polka)», 26 de febrero de 2007, en <<http://jaimepulgarvidal.blogspot.com/2007/02/per-campen-polka.html>> El éxito de esta canción, en la que se mencionan los nombres de los integrantes de la selección peruana, ha contribuido a fijar en el imaginario colectivo a ese equipo más que ningún otro anterior o posterior, como veremos más adelante.

<sup>11</sup> *La Prensa*, 12 de agosto de 1969, p. 24.

<sup>12</sup> *La Prensa*, 17 de agosto de 1969, p. 1.

<sup>13</sup> *La Prensa*, 18 de agosto de 1969, p. 1.

Hubo «centenares de caravanas automovilísticas en Lima, Callao y balnearios»<sup>14</sup>. Para *La Crónica*, estas manifestaciones solo tenían una explicación: «Nunca antes en Lima se había visto esta manera de festejar o más aún, creer, confiar en un equipo y a la postre festejar esa victoria [...]. Desde la terminación del partido, en el trayecto Lima-Ancón, hasta altas horas de la madrugada, las caravanas organizadas, y otras improvisadas por el fervor popular reinante, promovieron este fenómeno que solo puede explicarse con la palabra nacionalismo»<sup>15</sup>.

Pero quizá el gesto más destacado de esta jornada futbolística fue la *performance* del presidente Velasco antes del comienzo del partido. «Rompiendo todo precedente en los anales del fútbol», como informó *La Prensa*, Velasco ingresó al terreno de fútbol para saludar a los jugadores de ambos equipos. Luego, según el diario, «iba a abandonar la cancha, pero los aplausos frenéticos de la multitud lo hicieron cambiar de opinión. Con el brazo en alto dio la vuelta al estadio. A su paso frente a las tribunas, los aplausos se hacían más fuertes y la gente agitaba las banderitas»<sup>16</sup> (ver figura 2).

Figura 2. El presidente Velasco saluda a la afición durante su «vuelta olímpica» antes del partido Perú-Bolivia



Fuente: *Del latifundio a la cooperativa* (Lima, Dirección de difusión de la reforma agraria, 1970).

<sup>14</sup> *La Prensa*, 18 de agosto de 1969, p. 22. Ver también *La Crónica*, 18 de agosto de 1969, pp. 25, 36. Hubo también tragedias que lamentar: un auto que participaba de los festejos chocó contra un árbol en la avenida Arequipa con el saldo de una persona muerta y cinco gravemente heridas. Otro hincha se atragantó con un pedazo de carne mientras trataba de apurar su comida para llegar a tiempo al estadio. *La Prensa*, 19 de agosto de 1969, p. 1.

<sup>15</sup> *La Crónica*, 3a. edición, 18 de agosto de 1969, p. 26.

<sup>16</sup> *La Prensa*, 18 de agosto de 1969, p. 1.



Esta «vuelta olímpica» de Velasco sería considerada por el reportero del diario *La Crónica* como «el primer gol» del partido: «Aunque parezca mentira, en el estadio se anotaron “cuatro goles”. El primer “golazo” lo anotó el Presidente Velasco con su actitud de estrechar la diestra de los dos equipos rivales [...]. Su vuelta olímpica por la pista atlética rubricó su extraordinaria “conquista” [...] de simpatía y aprecio»<sup>17</sup>. El conocido comentarista Pocho Rospigliosi no escondió su entusiasmo: «¡Qué gol, señor presidente! ¡Qué manera de conquistar al público con esa vuelta olímpica!»<sup>18</sup>. Vale la pena citar *in extenso* el exaltado comentario de Rospigliosi:

Lo de ayer no se ve así nomás, en ningún país del mundo. Tal efervecencia [sic], tal manera de alentar al elenco peruano, tal manera de cantar el himno nacional.

¿Lo escucharon ustedes? ¿Vieron como 50 mil almas cantaron aún más fuerte el himno que en el encuentro frente a Argentina? ¿Vieron esa infinidad de banderas peruanas, de letreros de «Arriba Perú!», de gente con banderas en la mano o envueltas al cuello?

Es el nuevo Perú[...]. Es el Perú para los peruanos. Es nuestro país alentando lo nuestro.

Pero faltaba algo para poner broche de oro a esa campaña nacionalista. El gol del Presidente de la República. Tan potente como los *shots* de Lolo. Tan certero como los penales de Rufino Lecca. Tan sensacional como los goles de cabeza de Valeriano. ¿Por qué? Porque el público del fútbol necesitaba de una demostración así. Tenía que exteriorizar su peruanidad a alguien. Al equipo, al Presidente.

Ese sentir peruanista, esas manos al pecho cuando se cantó al himno [sic]. Esas estrofas de la canción patria. ¿Cómo no iba a sentirse el peruano más orgulloso el General Velasco? La de ayer, fue una tarde formidable. Y un gol del Presidente al incitar al público a agitar banderas y gritar ¡Arriba Perú!<sup>19</sup>.

Se trata, ciertamente, de una visión muy personal de Rospigliosi y no podemos afirmar que interpretara fielmente los sentimientos de la mayoría de aficionados y mucho menos de la mayoría de peruanos. Pero todos los testimonios confirman que, al menos durante esos minutos previos al partido, la euforia futbolística y nacionalista se tradujo en una explícita manifestación de simpatía hacia Velasco Alvarado. El buen olfato político de este le otorgó claros réditos políticos, más aún cuando el resultado fue favorable al equipo peruano.

---

<sup>17</sup> *La Crónica*, 3a. edición, 18 de agosto de 1969, p. 13.

<sup>18</sup> *La Crónica*, 3a. edición, 18 de agosto de 1969, p. 19.

<sup>19</sup> *La Crónica*, 3a. edición, 18 de agosto de 1969, p. 19.

Hay otro aspecto por resaltar en las descripciones que presentan los diarios de esos días y en los comentarios de los columnistas: el despliegue de banderas y la emoción que transmitía la interpretación del himno nacional, ambas consideradas expresiones sublimes del nacionalismo. Si bien hoy esas cosas resultan bastante comunes en el contexto de competencias deportivas internacionales, parecería que, o el público exteriorizaba su «nacionalismo» en formas que antes no eran tan frecuentes, o la prensa quería subrayar esas manifestaciones en sintonía con los nuevos tiempos que se vivían en el Perú. Volveremos a esto más adelante.

Poco después, Argentina ganaría 1-0 a Bolivia en Buenos Aires. El partido decisivo se jugaría el 31 de agosto de 1969, en Buenos Aires, entre Perú y Argentina. Un triunfo argentino significaba la igualdad en el puntaje y por tanto la necesidad de un partido extra. Un triunfo peruano o un empate le otorgaban la clasificación al equipo peruano. El partido se jugaría en el estadio del club Boca Juniors, conocido como la *Bombonera*, uno de los recintos futbolísticos más hostiles en Sudamérica. La carta de un aficionado al diario *El Comercio* reflejaba el espíritu que animaba a muchos peruanos: no había que dejarse amedrentar, sugería el aficionado, por la «cancha chica [y la] hinchada beligerante» de la Bombonera. Por el contrario, había que enfrentar ese desafío con «coraje y jugar pensando en nuestro Perú, que cada día crece más, debido a las trascendentales reformas que se están produciendo desde el 9 de octubre de 1968»<sup>20</sup>.

El día que el equipo peruano viajó a Buenos Aires, más de 4000 aficionados le dieron una «multitudinaria despedida» en el aeropuerto<sup>21</sup>. Según *El Comercio*, se trató de «una manifestación deportiva jamás vista» en la historia peruana<sup>22</sup>. Una vez más, el gobierno se sumó al sentimiento popular. Un edecán del presidente acudió al aeropuerto a ofrecer el saludo de Velasco Alvarado y un mensaje personal de este fue leído y transmitido desde la torre de control del aeropuerto hasta el avión en que se encontraban los futbolistas. Cuatro aviones Mirage escoltaron durante media hora al avión que conducía al equipo peruano<sup>23</sup>. Al llegar a Buenos Aires, el seleccionado nacional fue objeto de una «calurosa recepción» por parte de los peruanos residentes en dicha ciudad, incluyendo al embajador peruano en Argentina<sup>24</sup>.

No resulta exagerado decir que prácticamente el Perú entero estuvo pendiente de este decisivo partido. Por primera vez un encuentro de fútbol internacional se transmitía en directo vía satélite al territorio peruano, aunque también es cierto que no todos

<sup>20</sup> *El Comercio*, 31 de agosto de 1969.

<sup>21</sup> *El Comercio*, 29 de agosto de 1969.

<sup>22</sup> *El Comercio*, 29 de agosto de 1969.

<sup>23</sup> *El Comercio*, 29 de agosto de 1969.

<sup>24</sup> *El Comercio*, 29 de agosto de 1969.

tenían acceso a un aparato de televisión. Quienes no pudieron verlo en la pantalla se conformaron con escuchar la transmisión por radio. Pocos permanecieron indiferentes. El partido terminó empatado 2-2, con lo cual el equipo peruano clasificó al Mundial de México y dejó en el camino al equipo local. Este partido ha pasado a formar parte de la historia futbolística peruana como uno de los más importantes éxitos del fútbol peruano y, para muchos, constituyó una verdadera hazaña. Un blog deportivo reflejaba este sentimiento en 2009, cuarenta años después de dicho empate:

Hoy se cumplen 40 años de una de las jornadas más brillantes, emocionantes y recordadas que ha vivido el fútbol peruano. Fue esa tarde que nuestros bravos muchachos hicieron temblar la Bombonera con ese empate 2-2 que nos dio el «pasaporte» al Mundial de México 70. No cabe duda de que el 31 de agosto de 1969 ha quedado impregnado en la historia del balompié nacional<sup>25</sup>.

### LA APOTEOSIS NACIONALISTA

En el Perú se desató una verdadera fiebre futbolística y nacionalista. Algunas manifestaciones de esta euforia eran interpretadas por algunos —incluyendo representantes del gobierno— como reflejo de la sintonía entre dicho éxito deportivo y las reformas de corte nacionalista que estaba implementando el gobierno militar. La retórica inflamada de orgullo y reivindicación nacional empleada por los militares terminó confundiendo con aquella surgida de la alegría y el orgullo patrio desatados por el empate en la Bombonera. La prensa estuvo informando por días y semanas sobre los detalles del empate que significaba, hasta entonces, y según algunos hasta hoy, el mayor triunfo deportivo de la historia peruana. Términos como «coraje», «pundonor» y «orgullo patrio» abundan en las crónicas de esos días. Los futbolistas empezaron a ser llamados «los héroes de la Bombonera». Habían eliminado a Argentina, pero además habían superado el reto de ganar jugando de visitantes frente a un público sumamente agresivo. Para lograrlo, habían desplegado no solo valentía sino también una buena dosis de picardía criolla, considerada esta un arma psicológica importante para superar al rival. Apenas terminado el partido, el presidente Velasco envió un cable de felicitación en el que se decía, entre otras cosas, lo siguiente: «Júbilo nacional resuena vibrante en campos de Talara y emociona al campesino humilde», en clara referencia tanto a la nacionalización del petróleo como a la Ley de Reforma Agraria promulgada apenas dos meses antes<sup>26</sup>.

<sup>25</sup> <http://luizcore.wordpress.com/2009/08/31/a-40-anos-de-la-inolvidable-hazana-de-la-%E2%80%99Cbombonera%E2%80%99D/>

<sup>26</sup> *La Crónica*, 1 de setiembre de 1969, p. 3.

En Lima, al término del partido, se desató una «explosión de júbilo»<sup>27</sup>. Caravanas de vehículos recorrieron la ciudad durante horas. *El Comercio* describió la situación como «una explosión incontenible de afirmación nacionalista». Una «multitud» se acercó a la casa del presidente Velasco, quien tuvo que salir tres veces de su residencia para saludar a los manifestantes y dirigirles algunas palabras: «El Perú está vibrando desde la capital hasta las fronteras. Ahora estamos formando un verdadero impacto, de un Perú digno y soberano, todo es posible obtener, y esos once corazones peruanos han obtenido un triunfo fuera de nuestras fronteras y los seguiremos obteniendo».<sup>28</sup> En su improvisado discurso, Velasco hizo referencia a otros logros como la nacionalización del petróleo y la reforma agraria<sup>29</sup>. De hecho, cuando la multitud le pidió que declarase feriado el día siguiente, Velasco les respondió que «este asueto que ustedes piden ahora lo tendrán el 9 de octubre, fecha en que se cumple un año de haber reconquistado el Perú». E insistió más adelante: «Ese orgullo de ser peruanos nació el 9 de octubre, día en que recuperamos este Perú»<sup>30</sup>. Las manifestaciones de júbilo nacionalista se multiplicaron en distintas partes de la ciudad. En el centro de Lima se vivió, según el diario *El Comercio*, uno de los momentos más emotivos cuando, reunidos cerca del Palacio de Gobierno, «una multitud compacta cantaba con paso marcial el Himno Patrio con todo fervor hasta derramar lágrimas»<sup>31</sup>. Un adolescente, envuelto en la bandera peruana, se encaramó en las rejas del Palacio de Gobierno gritando «Viva el Perú»<sup>32</sup>. En la avenida José Pardo, en Miraflores, unos muchachos portaban una bandera peruana mientras gritaban: «Viva nuestra bandera. Arriba el Perú. ¡Besen la bandera!»<sup>33</sup>. Fernando Tuesta Soldevilla, prestigioso analista político, recuerda así esa jornada de celebración futbolística:

Fue aquel domingo que tomé mis primeras cervezas. Salimos a la calle, cuando todo el barrio hacía lo mismo. Me sorprendió ver hasta mamá. No le interesaba el fútbol,

<sup>27</sup> Ver *El Comercio*, *La Crónica* y *La Prensa* del 1 de setiembre de 1969.

<sup>28</sup> *El Comercio*, 1 de setiembre de 1969.

<sup>29</sup> *El Comercio*, 2 de setiembre de 1969, p. 4.

<sup>30</sup> *La Prensa*, 1 de setiembre de 1969, p. 3.

<sup>31</sup> *El Comercio*, 1 de setiembre de 1969, p. 31.

<sup>32</sup> *El Comercio*, 1 de setiembre de 1969, p. 31. Ver también *La Crónica*, 1 de setiembre de 1969, p. 12; y *La Prensa*, 1 de setiembre de 1969, p. 3.

<sup>33</sup> *La Prensa*, 2 de setiembre de 1969, p. 4. Aunque aquí nos referimos básicamente a Lima, las celebraciones se produjeron en casi todo el país. En otras ciudades, según los diarios, la clasificación se celebró con bailes y caravanas, en un verdadero «carnaval sin precedentes». Algunas ciudades ordenaron el embanderamiento general; en otras se organizaron comparsas y desfiles; enormes banderas peruanas acompañaban las celebraciones. En ciudades alejadas de la capital, autoridades locales solicitaron que los futbolistas visiten esas poblaciones para recibir el homenaje por su hazaña. *El Comercio*, 1 de setiembre de 1969; *La Prensa*, 1 de setiembre de 1969, p. 22.

pero se contagió y ya estaba en un auto festejando con la familia. A pocas cuadras, en la avenida Arequipa, se formaba la larga caravana, que se hizo una tradición por esos años. Desde aquellos autos se gritaba, hasta reventar las gargantas, el recordado «¡Perú! ¡Perú! ¡Perú!». Las bocinas, banderas, camisetas, hacían el colorido y el loquerío de las calles. El local de Panamericana Televisión y el Óvalo de Miraflores se convirtieron en los puntos de festejo<sup>34</sup>.

Si la despedida antes del viaje a Buenos Aires fue multitudinaria, el recibimiento luego del empate fue aún más apoteósico. Ya *La Prensa* lo había anticipado un día antes: «Seleccionados llegan mañana. Tendrán bienvenida de héroes»<sup>35</sup>. Los diarios enfatizan que jamás se había dado un espectáculo parecido. «Un cuarto de la población de Lima» habría asistido al evento, según el probablemente exagerado cálculo de *La Crónica*<sup>36</sup>. El edecán del presidente Velasco y el alcalde de Lima, entre otras autoridades, esperaron al equipo en el aeropuerto, junto con miles de personas de toda condición social. Una larguísima caravana los acompañó luego hasta la Plaza de Armas, donde medio millón de personas, según *El Comercio*, «aclamaron a triunfadores de Buenos Aires». El general Velasco los recibió en Palacio de Gobierno y los condecoró con los «laureles deportivos», la más alta distinción del gobierno peruano, usualmente reservada para quienes han ganado títulos mundiales o medallas olímpicas<sup>37</sup>. En su discurso, Velasco insistió en que los futbolistas peruanos «tenían un deber sagrado que cumplir» (repitiendo casi literalmente una famosa frase atribuida al coronel Francisco Bolognesi, héroe peruano en la Guerra del Pacífico contra Chile), y que lo habían cumplido «como verdaderos peruanos»<sup>38</sup>. Estamos asistiendo, agregó, al «renacer de un nuevo Perú» [sic]. Velasco, naturalmente, no pudo y no quiso dejar de hablar del proceso de cambios que vivía el país: «El Perú enfrenta hoy los obstáculos de una revolución que está acabando con una injusticia [...]. Es la fe de su destino, porque el Pueblo y su Gobierno una vez más se encuentran reunidos y se estrechan en un abrazo fraterno frente a esta apoteosis. Nadie negará que el Perú se ha puesto de pie y que estamos avanzando unidos pueblo y Fuerzas Armadas»<sup>39</sup>.

<sup>34</sup> <http://blog.pucp.edu.pe/fernandotuesta/la-bombonera-habia-una-vez-un-futbol-peruano>.

<sup>35</sup> *La Prensa*, 1 de setiembre de 1969, p. 35.

<sup>36</sup> *La Crónica*, 3 de setiembre de 1969, p. 34.

<sup>37</sup> Esta condecoración fue considerada, con razón, «prematura» en un artículo sin firma en *El Comercio*, 6 de setiembre de 1969, p. 2, «Arriba Perú».

<sup>38</sup> *El Comercio*, 3 de setiembre de 1969, p. 1; *La Prensa*, 3 de setiembre de 1969, p. 1.

<sup>39</sup> *El Comercio*, 3 de setiembre de 1969, p. 1; *La Prensa*, 3 de setiembre de 1969, p. 1.

Los comentarios sobre el triunfo futbolístico no dejan lugar a dudas sobre la importancia simbólica que se le atribuía como expresión de una serie de supuestas virtudes nacionales. Un editorial de *El Comercio* subrayaba lo injusto del *penalty* que permitió anotar un gol a Argentina y hacía alusión también al gol anulado en Bolivia: «Una vez más, como ha ocurrido muchas veces en el pasado, y recientemente en Bolivia, el representativo peruano resulta blanco de la injusticia, contra la que tiene que luchar sobreponiéndose a esta clase de factores sombríamente adversos». La alegría era doble, terminaba sosteniendo el editorial, primero por la clasificación y segundo porque «hemos logrado ese resultado venciendo toda clase de circunstancias adversas»<sup>40</sup>. Luis Garro, uno de los comentaristas deportivos más destacados de la época, subrayó que el éxito se debía a «un trabajo hecho a conciencia, con fe, con fervor casi y del que participaron dirigentes, jugadores, clubes, autoridades a todo nivel, aficionados [...] [es] el triunfo de una causa que alcanzó a todos, del esfuerzo mancomunado, de la convicción, puesta de manifiesto en la labor desarrollada a lo largo de siete meses». Y concluía: «Es muy difícil derrotar a la fe»<sup>41</sup>.

Algunos comentarios vinculaban de manera más explícita el éxito deportivo y el entusiasmo que despertaba con el proceso de cambios políticos que el gobierno militar estaba impulsando. Uno de los ejemplos más claros de esta identificación lo ofreció el diario *El Comercio* en su edición del 2 de setiembre de 1969:

A simple vista, el partido de fútbol que jugaran el Perú y Argentina, nada tiene que ver con los regímenes políticos que imperan en nuestro país y en la patria de San Martín. Pero resulta indudable que una exaltación popular como la que vivió el país el domingo, y que revivirá hoy [el día de la llegada del equipo a Lima], representa una reafirmación nacionalista. El Presidente de la República, con indudable acierto político, ha sabido dar a este suceso esa interpretación.

El autor de la nota concluía afirmando que:

Ha surgido una continuidad nacionalista en torno a actitudes políticas del gobierno, que reclaman «calor de multitud» y un éxito deportivo que indudablemente nació al calor de las masas [...]. Se recuerda que hace cuatro décadas que el Perú no se clasificaba para un evento mundial; y queriéndolo o no, se recuerda también que hacía muchas décadas que el petróleo no era reivindicado<sup>42</sup>.

<sup>40</sup> *El Comercio*, 1 de setiembre de 1969.

<sup>41</sup> *El Comercio*, 1 de setiembre de 1969.

<sup>42</sup> *El Comercio*, 2 de setiembre de 1969, p. 4.

Días más tarde, el mismo diario —cuya orientación era más bien conservadora, pero profundamente nacionalista, y que apoyó algunas de las reformas implementadas por el gobierno militar, particularmente la nacionalización del petróleo— subrayó que la principal virtud de la selección nacional era «su elevada moral» y explicó el entusiasmo popular como «la explosión de un sano nacionalismo», para luego concluir: «La recuperación del petróleo ha abierto el surco y hecho renacer lo que estaba faltando, la autoconfianza nacional. No desperdiciemos esta fuerza sino orientémosla hacia una cruzada por la grandeza nacional»<sup>43</sup>.

La identificación entre el éxito deportivo y las políticas, logros y objetivos del gobierno militar fue casi inevitable, aunque no reflejaba necesariamente el sentir mayoritario de la población. Un suplemento dominical tituló su reportaje «Fútbol: Síntoma de un nuevo espíritu», y colocó una fotografía de los futbolistas en Palacio de Gobierno al lado de la bandera nacional<sup>44</sup>. La retórica de celebración, al menos vista a través de la prensa de la época, sugiere una confluencia entre el nacionalismo futbolístico (es decir, la identificación con un equipo que supuestamente representaba a la nación) y el nacionalismo político e ideológico impulsado desde el gobierno. Periodistas y otros comentaristas de distintas tiendas políticas, sin necesidad de mencionar explícitamente al régimen, terminaron contagiados de la misma retórica de unidad nacional, orgullo, dignidad y «renacer» que propalaba el gobierno. Nicomedes Santa Cruz, un destacado poeta y decimista afroperuano que tenía una cercanía ideológica con el gobierno militar, compuso una décima de homenaje a los futbolistas, «Bienvenidos», que incluía versos como estos:

Jugando como los machos,  
con la patria sobre el pecho,  
grande es la hazaña que han hecho,  
Nuestros valientes muchachos.  
[...]  
¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos!  
¡Héroes de nuestra nación!  
Os espera el corazón  
de vuestros seres queridos.  
Antes cantemos unidos  
nuestro Himno Nacional<sup>45</sup>.

<sup>43</sup> *El Comercio*, 5 de setiembre de 1969, p. 2.

<sup>44</sup> *El Comercio*, 7 de setiembre de 1969, Dominical, p. 1.

<sup>45</sup> *El Comercio*, 3 de setiembre de 1969, p. 26.

Alfonso Rospigliosi subrayó la importancia del triunfo en estos términos: «Es un Perú unido, un Perú que grita su alegría, un Perú que aprende a querer su Himno Nacional porque jamás lo cantó con tanto fervor, un nuevo Perú que se muestra al mundo más unido que nunca»<sup>46</sup>. En otro artículo, el mismo periodista enfatizaba que el gran cambio que se estaba dando en el fútbol peruano tenía que ver con la actitud del público. Antes, según Rospigliosi, se abucheaba a los futbolistas: era «una mentalidad que mortificaba». Ahora, en cambio, «aplauden a los suyos [y] celebran las victorias con una algarabía tremenda». Este es «un cambio total. Radical. Definitivo»<sup>47</sup>. Una vez más, la noción de «cambio de mentalidad», aunque no se atribuye directamente a las transformaciones políticas en curso, resulta claramente conectada a ellos —o, al menos, coincidente en el tiempo—.

El discurso nacionalista terminó contagiando a observadores y comentaristas de distintas canteras políticas y llevó a muchos a utilizar el fútbol como una metáfora de procesos culturales, mentales, políticos y económicos que se percibían y presentaban como más profundos. Luis Gonzales Posada, cuñado del presidente Velasco, enfatizó que «el fútbol, más allá del tradicional ámbito deportivo a que se circunscribe, ha servido para levantar el nacionalismo. Ahora vemos cómo el público canta el himno patrio en los estadios. Cómo se enorgullece de portar la bandera nacional»<sup>48</sup>. Un periodista opositor al régimen militar, Federico Prieto Celi, admitía que:

El Perú «necesita» ganar, psicológicamente. No es un secreto que los peruanos hemos tenido frente a muchos aspectos de la vida un cierto complejo de inferioridad. Preferíamos los productos extranjeros por el mero hecho de ser ajenos. Y despreciábamos el producto nacional por haber salido de nuestras propias manos [...] hemos pasado esa etapa: por reacción, tenemos eslóganes basados en el argumento contrario: «proteja lo suyo», «si es peruano, es bueno» y otros de dudosa génesis lógica. Mientras no reflejen fanatismo irreflexivo, sino afán de borrar una vergüenza por la obra de nuestras manos, no está mal<sup>49</sup>.

Incluso un comentarista católico, que firmaba sus artículos como «el Padre Vicente», se contagió de la euforia: «Arriba Perú en todo», escribió, «en la cancha y en la religión [...] en el fútbol y en la santidad». El grito, según él, debía servir para celebrar no solo cuando se anota un gol, sino también «cuando la industria peruana consigue la perfección en un producto netamente peruano»<sup>50</sup>.

<sup>46</sup> *La Crónica*, 3 de setiembre de 1969, p. 33.

<sup>47</sup> *La Crónica*, 7 de setiembre de 1969, p. 7.

<sup>48</sup> *La Prensa*, 3 de setiembre de 1969, p. 11.

<sup>49</sup> *La Prensa*, 6 de agosto de 1969, p. 18.

<sup>50</sup> *La Prensa*, 20 de agosto de 1969, p. 9.



De hecho, a raíz de los cambios estructurales del régimen militar, la estatización de un buen número de actividades económicas y la promoción de los productos peruanos se pusieron en marcha diversas campañas destinadas a cambiar los hábitos de consumo de la población. «Consuma lo que el Perú produce» fue uno de los eslóganes más utilizados en esos tiempos. Por ello, no sorprende constatar que apenas lograda la clasificación para el Mundial, el fútbol peruano se convirtió en tema de campañas publicitarias, tanto privadas como estatales, que buscaban sacar provecho de este éxito deportivo. Progreso, unidad, orgullo y éxito eran las palabras claves en estas campañas. El fútbol se había convertido en una especie de modelo de cómo debían hacerse las cosas. Apenas habían transcurrido unas horas del empate en Buenos Aires, y ya la empresa estatal Aerolíneas Peruanas (APSA) publicaba un aviso en los diarios presentándose como la «orgullosa transportadora oficial de la selección peruana de fútbol» y enviando un claro mensaje nacionalista a la población: «Respalde lo suyo. Vuele por APSA»<sup>51</sup>. La Feria Internacional del Pacífico, un acontecimiento comercial de envergadura que se celebraba en Lima cada año, colocó en los diarios un aviso en el que se leía: «Un equipo unido logra triunfos. Un país unido logra progreso»<sup>52</sup>. PetroPerú, la nueva compañía estatal petrolera, desplegó un aviso en *El Comercio*: «¡Gracias, muchachos! Ustedes son mejores [...] y son nuestros», parafraseando el eslogan que acompañaba la publicidad de productos derivados del petróleo desde que se nacionalizó, tal como, por ejemplo, el de este aceite: «PetroLube es mejor [...] y es nuestro!»<sup>53</sup>. Inca Kola, una bebida gaseosa cuyo eslogan comercial era «De sabor nacional», publicó un gran aviso publicitario con foto del equipo nacional, titulado: «¡Lo nuestro siempre es primero!»<sup>54</sup>.

El entusiasmo y el optimismo —sinceros o cínicos— eran ciertamente contagiantes e incluso llegaban, en algunos casos, a situaciones delirantes. El sueño de un título mundial parece haberse apoderado, al menos transitoriamente, de algunos comentaristas y probablemente de cierto sector de aficionados, que quizá pensaban que el equipo nacional estaba en condiciones de competir de igual a igual con potencias futbolísticas como Brasil, Italia o Alemania. El entrenador de la selección, el brasileño Waldir Pereira «Didí» (campeón del mundo en 1958 y 1962 como jugador del equipo brasileño), no ocultaba su orgullo y optimismo: «Ahora trabajaremos para ganar la Copa del Mundo», declaró, aunque luego matizaría diciendo que «en el Mundial no bajamos de un tercer o cuarto lugar»<sup>55</sup>.

<sup>51</sup> *El Comercio*, 1 de setiembre de 1969.

<sup>52</sup> *El Comercio*, 2 de setiembre de 1969, p. 5.

<sup>53</sup> *El Comercio*, 3 de setiembre de 1969, p. 5.

<sup>54</sup> *La Crónica*, 7 de setiembre de 1969, p. 5.

<sup>55</sup> *El Comercio*, 1 de setiembre de 1969; *La Crónica*, 1 de setiembre de 1969, p. 24.

Un editorial de *El Comercio* afirmaba: «Hay nueve meses por delante hasta el momento en que el seleccionado nacional deberá luchar por la conquista de la copa Jules Rimet. Una aspiración perfectamente fundada, pero que exigirá para que pueda concretarse, superar lo hecho hasta el momento»<sup>56</sup>. Un lector envió una carta a *El Comercio* donde no solo anunciaba que «el Perú es ya una potencia en el fútbol» sino que además «debería tocarnos en estos años realizar el Campeonato Mundial»<sup>57</sup>. La canción deportiva más popular del momento, «Perú Campeón», derrochaba un optimismo ingenuo pero eficaz:

Hay que ir a triunfar al Mundial  
venceremos a todo rival  
con el lema «Perú a campeonar»  
siempre arriba, Perú debe ganar.

Resulta evidente que este éxito del fútbol peruano despertó enorme entusiasmo y alegría entre la población, como también lo es que hubo una clara intención de utilizarlo políticamente por parte del gobierno militar. No se trató necesariamente de una manipulación de los sentimientos y expresiones de la población, aunque sí es cierto que el régimen contribuyó a exacerbar ese entusiasmo gracias a campañas publicitarias, cobertura mediática, intervenciones explícitas de los líderes militares y un apoyo aparentemente incondicional hacia la selección nacional. El momento histórico que se vivía, con un gobierno que enfatizaba el nacionalismo como una necesidad histórica, la lucha contra la adversidad y la defensa de la dignidad, le dio un especial contenido a la lectura de esta «hazaña» que desbordaba lo deportivo y parecía convertirse en una especie de epopeya nacional.

## DE LA EUFORIA A LA TRAGEDIA

El campeonato mundial de fútbol México 1970 fue inaugurado el domingo 31 de mayo de 1970. Al Perú le había tocado un grupo medianamente complicado: debía enfrentarse a Alemania (uno de los favoritos para ganar el título), Bulgaria y Marruecos. Dado que dos equipos clasificaban a los cuartos de final, se fue formando un ambiente altamente optimista respecto a las posibilidades de que el equipo peruano

<sup>56</sup> *El Comercio*, 3 de setiembre de 1969, p. 26. El trofeo Jules Rimet (nombrado así en homenaje al expresidente de la FIFA entre 1921 y 1954) se otorgaba al campeón mundial. Según las normas de la FIFA, esta copa sería de propiedad definitiva del primer equipo que ganase el título mundial por tercera vez. Brasil e Italia lo habían obtenido dos veces, por lo que ambos aspiraban a quedarse con ella definitivamente al finalizar el torneo de México 70.

<sup>57</sup> *El Comercio*, 10 de setiembre de 1969, p. 2.

hiciera un papel no solo decoroso, sino descollante. De todas maneras, hubo voces que ya recomendaban prudencia. El periodista Manuel Jesús Orbegoso recogió este espíritu: «Se opina que se ha inflado demasiado el globo y este fenómeno es peligroso, porque puede reventar y ¡de veras! reventaría a todo el mundo que está pendiente de lo que haga la selección»<sup>58</sup>. Otro periodista anotaba el día de la inauguración del Mundial: «Los peruanos queremos vivamente que la copa Jules Rimet sea de nosotros, que nuestra Selección sea la triunfadora, que partido a partido vaya derrotando a sus rivales, pero si esto no sucede, cuando menos que el nombre del Perú quede bien puesto, que la bandera que simboliza nuestro honor y nuestro orgullo regrese sin mácula tal como la recibieron aquí los bravos jugadores de la Selección». Eso sí, instaba a los jugadores a pensar que, cuando les toque jugar el día martes 2 de junio, «es el Perú con su tradición, con su historia, con sus regiones naturales, con su revolución, el que estará en el *grass*»<sup>59</sup>.

Ese mismo domingo 31 de mayo, sin embargo, ocurrió una las peores tragedias de la historia peruana: un terremoto de 8 grados en la escala Richter, seguido por avalanchas de lodo y nieve, causó enorme destrucción y cuantiosas pérdidas humanas en el departamento de Áncash. En Yungay, unas 20 000 personas fueron sepultadas vivas por un aluvión. En Ranrahirca, una comunidad de la zona, no quedó un solo habitante con vida. En total, al menos 50 000 personas murieron y otras 50 000 quedaron heridas por los efectos combinados del terremoto y los aluviones. Medio millón de habitantes perdieron sus viviendas<sup>60</sup>.

Como era previsible, la atención del gobierno, la prensa y buena parte del país, hasta antes del terremoto prácticamente monopolizada por el Mundial de fútbol, se reorientó hacia las tareas de salvataje, asistencia y reconstrucción de las zonas afectadas. Los titulares periodísticos del lunes 1 de junio fueron copados, inevitablemente, por la noticia del terremoto. La primera página de *El Comercio* titulaba: «Terremoto en el norte», y anunciaba que el presidente Velasco recorrería la zona de la tragedia. En un espacio mucho más discreto de la portada aparecía la noticia del empate de las selecciones de México y Rusia en el partido inaugural del campeonato mundial y el anuncio de que el diario ofrecía a sus lectores gratuitamente un suplemento del Mundial<sup>61</sup>. La fiebre futbolística amainó, pero ciertamente no desapareció. De hecho, en algunos de los comentarios se dejaba traslucir la idea de que el fútbol se encargaría de brindar alegría al pueblo peruano en medio de la tragedia.

<sup>58</sup> «Mito y realidad de la selección», *El Comercio*, Dominical, 3 de mayo de 1970, p. 19.

<sup>59</sup> «México 70 en la hora de la verdad», 31 de mayo de 1970, *El Comercio*, Dominical, pp. 18-19.

<sup>60</sup> Sobre el terremoto de 1970, ver Carey (2010, pp. 129-133).

<sup>61</sup> *El Comercio*, 1 de junio de 1970, p. 1.

Perú debutaría contra Bulgaria apenas 48 horas después del destructor terremoto. «Un afligido equipo peruano —reportaba *El Comercio*—, visiblemente afectado por las noticias de la catástrofe que conmovió el domingo a la mitad de su patria, partió esta mañana [desde Guanajuato] hacia León con la renovada determinación de rendir un homenaje a los muertos del terremoto». «El gran dolor que sentimos —habrían declarado los jugadores— ha servido para templar nuestra resolución y salir al campo con el espíritu de resistencia necesario para que nuestro juego sea un homenaje a nuestra raza y a nuestro pueblo»<sup>62</sup>.

### ¿«VENCEREMOS A TODO RIVAL»?

Perú debutó contra el equipo de Bulgaria el martes 2 de junio en la ciudad de León. Aunque empezó perdiendo por 2-0, logró remontar el marcador para terminar ganando por 3-2. Los elogios no se hicieron esperar. Previsiblemente, *El Comercio* tituló una de sus notas: «Triunfo peruano levantó la moral en toda Lima. El mejor paliativo para el dolor»<sup>63</sup>. Resulta sintomático que se enfatice el efecto del triunfo sobre la población de Lima y no la del resto del país, en especial los habitantes de las zonas afectadas por el terremoto. «Un triunfo histórico», sentenció *La Crónica*<sup>64</sup>. Otra nota del mismo diario, con evidentes ecos de la tragedia del terremoto, afirmaba que «el poder de recuperación» del equipo peruano debería, a partir de entonces, formar parte del vocabulario futbolístico (e, implícitamente, de la mentalidad) de los peruanos, junto a los ya conocidos rasgos de «picardía criolla», «habilidad» e «inspiración». «No hay nada imposible cuando hay poder de recuperación», concluyó el anónimo autor del artículo<sup>65</sup>. El presidente Velasco envió felicitaciones al equipo peruano a través de un cable dirigido al ministro del Interior, Armando Artola, quien, pese a la tragedia del terremoto, decidió quedarse en México para continuar disfrutando del Mundial. «El triunfo de nuestra selección —escribió Velasco— ha traído momentos gratos para un pueblo gallardo que no se deja abatir por la tragedia y mira con fe el porvenir de la patria»<sup>66</sup>. Una caricatura publicada ese mismo día muestra a un futbolista entregando a un Perú herido un balón a manera de regalo en el que se lee: «Triunfo sobre Bulgaria» (ver figura 3)<sup>67</sup>.

<sup>62</sup> *El Comercio*, 3 de junio de 1970, p. 33.

<sup>63</sup> *El Comercio*, 3 de junio de 1970, p. 32.

<sup>64</sup> *La Crónica*, 3 de junio de 1970, pp. 16-17.

<sup>65</sup> *La Crónica*, 4 de junio de 1970, pp. 16-17.

<sup>66</sup> *La Crónica*, 3 de junio de 1970, p. 18.

<sup>67</sup> *El Comercio*, 3 de junio de 1970, p. 2.

Figura 3. Caricatura en la que se muestra el «regalo» de la selección de fútbol a un país adolorido por el terremoto



Fuente: *El Comercio*, 3 de junio de 1970.

En Lima «se desbordó la alegría» apenas terminado el partido contra Bulgaria. Hubo caravanas en las calles, aunque los diarios se muestran bastante más discretos en sus informes sobre estas manifestaciones de júbilo. Con todo, *El Comercio* reportó que «el ambiente que se vio en el día anterior por la tragedia del sismo, lleno de melancolía y pesar, dio un vuelco increíble y decenas de vehículos tocando

sus bocinas recorrieron las calles en señal de alegría por el triunfo»<sup>68</sup>. Según *La Prensa*, se celebró «con moderado júbilo» el triunfo ante Bulgaria<sup>69</sup>. «Afición vibró con el triunfo», tituló *La Crónica*, y acompañó el reportaje con fotografías de las celebraciones, incluyendo una en la Plaza San Martín (ver figura 4)<sup>70</sup>.

Figura 4. Celebración del triunfo ante Bulgaria en la Plaza San Martín



Fuente: *La Crónica*, 4 de junio de 1970.

<sup>68</sup> *El Comercio*, 3 de junio de 1970, p. 33.

<sup>69</sup> *La Prensa*, 3 de junio de 1970, p. 30.

<sup>70</sup> *La Crónica*, 4 de junio de 1970, p. 22.

Más de cuarenta años después, el poeta Eduardo Chirinos recuerda este triunfo en los siguientes términos:

Aquella tarde, toda la familia (y probablemente todos los peruanos) estábamos pendientes del televisor: por primera vez en la historia un equipo peruano había logrado clasificarse para un Mundial por méritos propios, y todas las expectativas estaban puestas en su primer partido. Ninguno de nosotros sabía dónde quedaba Bulgaria, ni tampoco Marruecos, el próximo rival que haríamos trizas. Pero ni los búlgaros ni los marroquíes sabían que el Perú acababa de ser castigado por un terremoto, y que por eso los jugadores estaban tan tristes, con una banda negra en el brazo en señal de duelo. En ese partido (que ganamos tres a dos, luego de ir perdiendo dos a cero) los peruanos descubrimos que podíamos ganar aunque estuviéramos en franca desventaja. Con mis diez años a cuestas celebré codo a codo con mis mayores ese triunfo que sentí como mío. No creo que haya habido peruano alguno que no haya sentido ese triunfo como algo personal. Como aquellos recuerdos que conservamos para hacerles frente a las malas jugadas que nos hace la vida<sup>71</sup>.

El gobierno emitió un comunicado oficial llamando a la calma: «En los momentos de alegría por el merecido triunfo de la selección peruana, se pide a la ciudadanía guardar cordura por la tragedia que enluta al país»<sup>72</sup>. Incluso se solicitó que las caravanas de hinchas dedicasen sus energías a organizar entregas de ropa, dinero y víveres para las víctimas del terremoto. Un aviso de la Asociación Peruana de Agencias de Publicidad hizo un sobrio llamado a la discreción en un aviso de casi página entera en *La Prensa*: «¡Peruanos! Seamos fuertes en el dolor y serenos en la alegría», y solicitó mostrar solidaridad con «nuestros hermanos» y recibir los triunfos «con serenidad y cordura»<sup>73</sup>. Era obvio que a la población peruana, especialmente la limeña, le costaba mucho refrenar sus ímpetus celebratorios, y de hecho se produjeron caravanas y ruidosos festejos luego del triunfo ante Bulgaria. Para una hinchada que había estado esperando este día con tanta expectativa, le resultaba muy difícil actuar con la sobriedad reclamada por las autoridades. Hubo también algunas voces mucho más críticas de tales manifestaciones, como la de un ciudadano que escribió a *El Comercio* para expresar su protesta por «un júbilo que no guardaba relación ni se compadecía con el sentimiento de pena y dolor que experimentaban tantas familias por la desgracia sufrida por una región importante de la nación».

---

<sup>71</sup> García Montero y García Sánchez (2012, p. 69).

<sup>72</sup> *La Crónica*, 4 de junio de 1970, p. 22.

<sup>73</sup> *La Prensa*, 04 de junio de 1970, p. 25.

Reveladoramente, se sintió obligado a aclarar que «me siento muy nacionalista y peruano», pero reclamó seriedad, ecuanimidad y solidaridad<sup>74</sup>.

¿Podemos afirmar, como sugería el autor de la carta antes citada, que las celebraciones por el triunfo mostraban una falta de solidaridad y compasión con las víctimas del terremoto? Aunque el autor no lo dice, debemos recordar que la tragedia había ocurrido en una zona andina, no tan alejada geográficamente de la capital, pero considerada parte de la «sierra» y habitada por una población de fuerte presencia indígena<sup>75</sup>. Dada la existencia de una antigua tradición racista entre la población urbana y criolla de Lima, no resultaría exagerado afirmar que para algunos limeños era más importante el triunfo ante Bulgaria que el dolor de las víctimas del terremoto. En *El Comercio*, el anónimo redactor de una nota titulada «Festejos sobre el dolor» criticaba la falta de sensibilidad de los aficionados limeños que celebraban con «caravanas inconscientes» mientras que «a 400 kilómetros de distancia los muertos se multiplicaban». Esta actitud, dice, «sorprende, apena y definitivamente asquea»<sup>76</sup>. El tenor de las notas antes citadas apuntan, sin mencionarla, a la evidente inconsistencia de los sentimientos supuestamente nacionalistas que estaban siendo desplegados en esos meses de fiebre futbolística: junto a un abstracto pero apasionado amor por la patria (o quizá, más propiamente, amor por la camiseta patria), se podía percibir una cierta falta de integración y solidaridad con aquellos que no formaban parte del imaginario «nacional» de la población costeña, limeña y criolla, es decir, el segmento indígena y serrano de la población peruana. Un nacionalismo futbolero epidérmico (o «fácil», como sugiere Beatriz Sarlo) no conseguía ser dotado de un contenido más profundo, precisamente aquel que la retórica inclusiva del régimen militar pretendía estar promoviendo.

Pero tampoco se puede atribuir por completo las celebraciones en Lima a una falta de solidaridad e integración. El fútbol y las pasiones que desata no siempre revelan, aunque lo parezca, indiferencia hacia temas considerados más «serios» o «trascendentes» como la solidaridad, la justicia o la defensa de los derechos humanos. Es el caso que les tocó vivir a los aficionados argentinos durante el Mundial de 1978: aunque es cierto que muchos prefirieron no darse por enterados de las flagrantes violaciones a los derechos humanos cometidas por la dictadura militar, otros lograban cobijar, contradictoriamente, la pasión por el fútbol y el rechazo al terror de Estado, aun sabiendo que los triunfos futbolísticos podían ayudar a consolidar el régimen militar.

<sup>74</sup> «No es momento para jolgorio», carta de José Luis de las Casas Grieve, *El Comercio*, 4 de junio de 1970, p. 2.

<sup>75</sup> Sobre la construcción de la «sierra» como un espacio «indígena» (y la transformación del término «serrano» en sinónimo de «indio»), ver el artículo de Cecilia Méndez (2011).

<sup>76</sup> *El Comercio*, 7 de junio de 1970, Dominical, p. 2.



Se sabe que los presos políticos argentinos exigieron aparatos de televisión para poder ver los partidos del Mundial, en muchos casos al lado de sus propios torturadores, en una comunión futbolística que resulta inimaginable si hacemos una lectura estrictamente ideológica de estos acontecimientos. Con pocas excepciones, los militantes izquierdistas —tanto los que estaban detenidos como aquellos que resistían en las calles— también celebraron el triunfo de su selección, pese a ser conscientes de que la dictadura militar podía obtener réditos políticos de dicho triunfo y que, durante la organización del Mundial, se habían negado insistentemente las violaciones a los derechos humanos y la existencia de centros de detención y tortura, todo ello en nombre de la «unidad nacional»<sup>77</sup>. Quienes celebraron en las calles de Lima no eran necesariamente ajenos a la tragedia del terremoto: la pasión por el fútbol y las expresiones de euforia colectiva no eran necesariamente antagónicas con la solidaridad y la empatía con aquellos que sufrían los efectos del terremoto. De hecho, si hemos de dar crédito al periodista y filósofo Óscar Miró Quesada, «Racso», hubo una gran movilización de solidaridad con las víctimas: «En Lima, sus habitantes han acudido como un solo hombre a la llamada de auxilio. En la unión de los corazones murieron todas las diferencias. Pobres y ricos, jóvenes y viejos, varones y mujeres, mezclados en confusión de generosidad, acudieron a la llamada de socorro, llevando el óbolo de sus posibilidades con igualado fervor»<sup>78</sup>.

La prensa capitalina siguió informando sobre el Mundial con algo de moderación, pero con creciente optimismo: Bulgaria había sido vista como el gran escollo para clasificar a la segunda vuelta, pues se consideraba muy difícil derrotar a Alemania y se veía a Marruecos como un rival menor. *El Comercio* editorializó afirmando que el triunfo ante Bulgaria («un poderoso once europeo», lo llamó, con algo de hipérbole) «ha colocado a nuestro equipo en una vitrina de excepción» y agregó que, sin pecar de optimistas ni subestimar al rival, Perú debía resultar victorioso en su segundo partido y colocarse entre los ocho mejores equipos del mundo<sup>79</sup>. Manuel Jesús Orbegoso, destacado hombre de prensa, escribió una amplia nota sobre la victoria contra Bulgaria en la que, entre otras cosas, alertaba sobre los riesgos de sobredimensionar el triunfo. «Es verdad que [en esta selección] militan hombres de primera categoría en el fútbol mundial, pero nuestra selección no dio con constancia un examen cabal [...] mostraron algunas deficiencias». Pero tampoco Orbegoso pudo sustraerse

---

<sup>77</sup> Sobre las dimensiones políticas del Mundial de 1978, ver sobre todo Llonto (2005) y Gotta (2008). Pablo Alabarces (2002, p. 134) sugiere que en los festejos de los hinchas argentinos no había «ninguna marca que permita suponer un desplazamiento de lo futbolístico a lo explícitamente político. La dictadura no se celebra[ba] en las calles ni en los estadios».

<sup>78</sup> Racso, «Luz en la oscuridad», *El Comercio*, 7 de junio de 1970, p. 2.

<sup>79</sup> «Ahora Marruecos», *El Comercio*, 6 de junio de 1970, p. 2.

por completo del optimismo reinante, y tampoco fue capaz de evitar la conexión entre el «nuevo» fútbol peruano y el «nuevo» proceso político por el que atravesaba el país. El ingreso en el segundo tiempo de Hugo Sotil, un jugador mestizo de rasgos indígenas —a quien se le conocía como «El Cholo»— fue considerado providencial para el triunfo peruano. Sotil, escribió Orbegoso, «representa el advenimiento del hombre nuevo que en todos los niveles se está dando en el Perú. ¡Arriba Perú!»<sup>80</sup>. Los avisos publicitarios mezclaban un mensaje de optimismo con la necesidad de levantar la moral del pueblo peruano luego del terremoto: «¡Ánimo muchachos! Ahora más que nunca», proclamaba un aviso de Ron Pomalca<sup>81</sup>.

Perú derrotó 3-0 a Marruecos y dio un paso decisivo para su clasificación a cuartos de final. Según algunos reporteros, Perú estaba «asombrando al mundo» y se ubicaba en cuarto lugar en las apuestas londinenses para el título mundial<sup>82</sup>. Nuevamente hubo festejos en Lima y en otras ciudades. Didí y los futbolistas expresaron gran algarabía<sup>83</sup>, pero ya habían empezado rumores de indisciplina y peleas internas que el técnico trató de desmentir: «Somos una familia unida en las buenas y en las malas»<sup>84</sup>. Perú perdió su tercer partido con Alemania 1-3, pero gracias a sus dos victorias anteriores logró clasificar para la siguiente ronda, en la que se enfrentaría a Brasil.

Este equipo no solo era uno de los favoritos para ganar el título mundial (de hecho, al final lo consiguió) sino que además, de alguna manera, era el modelo futbolístico que el Perú había estado tratando de adoptar. El entrenador del equipo peruano era precisamente uno de los grandes futbolistas brasileños, dos veces campeón mundial, y había logrado transmitir al equipo peruano un cierto estilo de juego que recordaba al brasileño. El público peruano, los futbolistas y los comentaristas eran conscientes de lo difícil que era superar a Brasil para seguir avanzando. De hecho, antes del partido, un comentarista de *El Comercio* dejaba traslucir una buena dosis de realismo: «El fútbol nacional ha cumplido con la meta que le habían señalado sus dirigentes», es decir, la de ubicarse entre los ocho mejores equipos del torneo. Pero no estaba dispuesto a renunciar del todo a la posibilidad de seguir avanzando: «Gran hazaña sería eliminar a Brasil»<sup>85</sup>. Para *La Prensa*, «cualquiera que fuere el resultado final de este campeonato, la verdad es que nuestro representativo ha cumplido con hacer presente en el escenario mundial la calidad innegable de nuestro fútbol»<sup>86</sup>.

<sup>80</sup> *El Comercio*, 7 de junio de 1970, Dominical, p. 16.

<sup>81</sup> *El Comercio*, 6 de junio de 1970, p. 15.

<sup>82</sup> *La Crónica*, 8 de junio de 1970, p. 21.

<sup>83</sup> «Camarín de peruanos parecía un manicomio», *La Prensa*, 7 de junio de 1970, p. 36.

<sup>84</sup> *La Prensa*, 7 de junio de 1970, p. 36.

<sup>85</sup> *El Comercio*, 13 de junio de 1970, p. 2.

<sup>86</sup> *La Prensa*, 9 de junio de 1970, p. 10.

La resignación o el realismo empezaban a imponerse por encima de la euforia. Igual, antes del partido con Brasil, el presidente Velasco envió otro mensaje a los futbolistas: «El gobierno y el pueblo exigen de ustedes que dejéis en el campo todas vuestras energías. Ahora o nunca. Esperamos el triunfo con fe y optimismo»<sup>87</sup>.

Brasil derrotó a Perú 4-2 en un partido que muchos consideraron uno de los mejores de ese torneo. El eje central de los comentarios en la prensa peruana fue que el equipo cumplió e hizo lo posible pero se vio superado por el mejor equipo del mundo (ayudado, dicho sea de paso, por errores increíbles del portero peruano). «El equipo mostró que no fue un “turista” y cayó luchando», «Se perdió ante candidato al título», «Una buena campaña», fueron algunos de los titulares<sup>88</sup>. La verdadera hazaña, se decía, ya se había conseguido: quedar entre los ocho mejores equipos del mundo. «Los muchachos no deben ser recibidos como derrotados, sino como *vencedores*. Que lo fueron, porque cuando se cae con decoro, luchando, poniendo el alma en la acción, nada más puede pedirse». Los futbolistas «estuvieron a la altura de lo que se esperaba de ellos»<sup>89</sup>. El Perú «dejó a salvo su honor deportivo», decía otro reportaje<sup>90</sup>. Para demostrarlo, anotaba lo siguiente: «Las estadísticas son elocuentes [...] logró dos victorias y soportó dos derrotas»<sup>91</sup>. Como en el caso del empate en Argentina, que se leyó como una victoria (y seguramente lo fue, pues significó el pase hacia el Mundial), en este caso un empate en los resultados fue también presentado como demostración de una «hazaña». Habiendo invertido tanto capital emocional en la participación del seleccionado peruano en este torneo, no sorprende que los comentaristas trataran, casi unánimemente, de destacar que el equipo peruano cumplió una gran actuación. «Perú mostró su real nivel futbolístico. Una campaña brillante»<sup>92</sup>. Luis Garro no dudaba: «Éxito: sin eufemismos ni complacientes figuras retóricas». Este equipo mostró «el auténtico fútbol peruano» y se ha colocado «en su verdadero lugar en el concierto mundial»<sup>93</sup>. A decir verdad, muchos participantes en el torneo —entrenadores y futbolistas de otros países, por ejemplo—, así como periodistas de medios no peruanos, coincidieron en señalar que el equipo peruano había cumplido un gran papel. Una encuesta de *La Crónica* a diversas personalidades peruanas mostró un gran consenso: la campaña fue «insuperable», «exitosa» o «muy buena»<sup>94</sup>.

<sup>87</sup> *La Prensa*, 14 de junio de 1970, p. 30.

<sup>88</sup> *El Comercio*, 15 de junio de 1970, p. 10.

<sup>89</sup> *El Comercio*, 15 de junio de 1970, p. 10.

<sup>90</sup> *El Comercio*, 16 de junio de 1970, p. 28.

<sup>91</sup> *El Comercio*, 16 de junio de 1970, p. 28.

<sup>92</sup> *El Comercio*, 20 de junio de 1970, p. 40.

<sup>93</sup> *El Comercio*, 20 de junio de 1970, p. 40.

<sup>94</sup> *La Crónica*, 16 de junio de 1970, p. 12.

*La Crónica* apeló una vez más a la conexión implícita con el proceso político: «La conclusión es que, dentro de esos derrotados con el entusiasmo de un país que está madurando en un proceso de nacionalidad, el fútbol peruano tiene un porvenir inmenso»<sup>95</sup>.

Pero si bien los comentaristas deportivos mantenían a flote la idea de que el fútbol peruano había cumplido un papel excepcional que superaba cualquier expectativa, ese sentimiento no parece haber sido compartido por el gran público ni por las autoridades del gobierno. La «exigencia» de Velasco de ganar «ahora o nunca» frente a Brasil no tuvo efecto, y todo indica que el presidente perdió interés en el fútbol —o al menos, en invertir capital político al lado de un equipo que había perdido dos partidos sucesivos y había sido eliminado de la competencia—. El retorno del equipo peruano, pese al pedido expreso por parte de la prensa de que debían ser recibidos como «triunfadores», fue bastante frío e incluso hostil. «Contrastando con el multitudinario recibimiento que se les hizo cuando lograron su clasificación en la Bombonera, ayer acudió muy poco público a la llegada de la selección peruana», reportó *La Prensa*. Incluso se escucharon algunas pifias provenientes de grupos de estudiantes<sup>96</sup>. *La Crónica* lo expresó sin ambigüedades: «Frío recibimiento para mundialistas»<sup>97</sup>. Los futbolistas, informó la nota, «no tuvieron el recibimiento triunfal que ellos esperaban» (nótese que no dice «que ellos merecían»). Solo estuvieron en el aeropuerto sus familiares, algunos dirigentes y unos cuantos aficionados. Algunos futbolistas incluso sufrieron la retención de sus maletas por exceso de peso. Una caricatura recogía esta imagen: «¡Arriba Perú!» y sonrisas en la despedida; «¡Abajo las maletas!» y una actitud hostil en el recibimiento<sup>98</sup>.

Las notas sobre el pálido recibimiento aparecen mezcladas con reportes sobre indisciplina, peleas e incluso solicitudes de dinero extra para jugar contra Brasil. Fue notoria la ausencia de representantes del gobierno, sobre todo teniendo en cuenta que Velasco y otras autoridades habían estado tan visiblemente involucradas en la campaña del seleccionado nacional tanto en las eliminatorias como en el Mundial. El tono de los comentarios empieza a ser bastante menos efusivo. Un artículo titulado «Fútbol, retorno e investigación» explicaba que «el fútbol peruano, a pesar de los ditirambos que se han prodigado con insistencia, es un fútbol sin tradición efectiva, sin experiencia, sin muchas de esas virtudes que la esperanza hacía imaginar». Es el mejor equipo peruano de los últimos años, opina, pero está muy lejos de figurar

<sup>95</sup> *La Crónica*, 16 de junio de 1970, p. 11.

<sup>96</sup> *La Prensa*, 20 de junio de 1970, p. 28.

<sup>97</sup> *La Crónica*, 20 de junio de 1970, p. 11.

<sup>98</sup> *La Prensa*, 21 de junio de 1970, p. 16.

entre los mejores del mundo<sup>99</sup>. Littman Gallo, uno de los más reconocidos reporteros deportivos, se vio obligado a exigir en un titular, «A la selección con cariño» (parafraseando el nombre de la película protagonizada por Sidney Poitier). Luego de resumir la calidad de la campaña y los elogios que el Perú había cosechado en México, anotó: «Es doloroso que mientras [en] el mundo se reconoce la capacidad demostrada por el fútbol peruano, aquí donde deberían sentirse orgullosos, donde [se] debería con justicia alabar la labor de los mundialistas, se les resta méritos y se trata de opacar la campaña que estoy seguro muchos ni siquiera soñaban que se iba a realizar». Y puso luego una cuota de realismo que antes del torneo no fue siempre invocada: «Perú fue al Mundial a lograr su clasificación a los cuartos de final y lo logró»<sup>100</sup>.

El gobierno anunció que se formaría una comisión investigadora para aclarar posibles actos de indisciplina cometidos por futbolistas del equipo peruano y que quizá ayudarían a explicar el «fracaso». Resulta claro que el gobierno, con esa medida, intentaba tomar distancia de la selección una vez acabado el sueño mundialista, para no terminar tocado por los debates sobre la campaña y la posible comisión de actos de indisciplina. Es posible incluso que haya sido una manera de desviar la atención frente a las informaciones que circulaban respecto al alto número de funcionarios públicos que habían viajado a México para asistir al mundial, incluyendo, como mencionamos, al propio ministro del Interior. Un comentarista, Alberto Ferreyros, consideró la formación de dicha comisión como inoportuna e injustificada, pues los futbolistas habían «luchado sin desmayo hasta el último minuto», «mostrando clase y pundonor»<sup>101</sup>. Por su parte, Federico Prieto Celi aprovechó una columna para cuestionar la formación de la comisión y sugerir que la intervención del Estado era inapropiada<sup>102</sup>. Si hasta hacía unas semanas el fútbol (y sus éxitos) podían servir para promover la agenda del gobierno revolucionario, ahora que aparecían sombras sobre su desempeño empezaba a ser usado para cuestionar la intervención del Estado. Con el tiempo, el gobierno de Velasco tomaría incluso mayor distancia respecto al fútbol: en algún momento se intentó eliminar el fútbol profesional, y en 1974 el gobierno se opuso a que un jugador argentino nacionalizado peruano, Humberto Ballesteros, vistiera la camiseta de la selección peruana.

Si la ausencia de representantes del gobierno en el recibimiento a la selección fue harto llamativa, también lo fue la frialdad mostrada por el público limeño.

---

<sup>99</sup> *El Comercio*, 21 de junio de 1970, p. 2, Dominical.

<sup>100</sup> *La Crónica*, 27 de junio de 1970, p. 26.

<sup>101</sup> *La Prensa*, 25 de junio de 1970, p. 16.

<sup>102</sup> Ver también Federico Prieto Celi, «El Estado y el Fútbol», *La Prensa*, 26 de junio de 1970, p. 12.

¿Cómo explicar esta aparente indiferencia ante un equipo que muy pocos días atrás era el centro de los elogios y las celebraciones? No es fácil arribar a una explicación, pero sí queda claro que la actitud de la población reflejaba algo que suele ser común en este tipo de euforia nacionalista (o seudonacionalista): su carácter transitorio y efímero. La identificación con los «colores» de la patria funcionaba mientras los éxitos sonreían al seleccionado peruano. Este nacionalismo superficial se agotó rápidamente, gracias a lo que bien podría ser interpretado como una saludable (aunque tardía) dosis de realismo: después de todo, la campaña no había sido tan «exitosa».

Perú asistiría a dos mundiales más, el de 1978 en Argentina (en el que luego de una bastante aceptable primera fase fue derrotado 6-0 por el equipo local en un partido de escándalo) y el de 1982 en España, en el que obtuvo resultados bastante mediocres. Después de 1982, el Perú no ha vuelto a clasificar para un Mundial. Pese a algunos éxitos aislados (el título de la Copa América en 1975) y ciertos logros de equipos individuales, lo cierto es que el fútbol peruano ha ido de más a menos debido a una combinación de factores económicos, gerenciales y políticos. Conforme se iban acumulando las frustraciones y los desencantos, la campaña de la selección peruana de 1969-1970 empezó a adquirir dimensiones míticas en el recuerdo de los aficionados y en las crónicas de los periodistas e historiadores *amateurs*, siempre tan proclives a establecer jerarquías y clasificaciones. La selección de México 70, por tanto, es casi universalmente considerada la mejor de la historia peruana. En tono irónico, el historiador José Luis Rénique ha comparado la nostalgia por la izquierda de la década de 1980 con «la selección de México 70 en el plano futbolístico» y la canción «Perú campeón». «Esa es la nostalgia de mi generación», afirma (2012).

## CONCLUSIONES

La reconstrucción de la campaña futbolística de la selección peruana de 1969-1970 y de las actitudes de diferentes actores frente a ella nos ha permitido analizar la complicada relación entre el fútbol, la política, el Estado y la construcción de identidades colectivas. La fiebre futbolística y patrioter que acompañó dicha campaña no fue necesariamente inducida —aunque sí estimulada— por la retórica y prácticas nacionalistas del gobierno militar que asumió el poder en octubre de 1968. Aunque ambas —la afición por el fútbol y la retórica del gobierno— estaban imbuidas de un intenso nacionalismo, no hay entre ellas una relación de dependencia y mucho menos de causa-efecto. Se trató simplemente de una coincidencia en el tiempo. Más aún: los «nacionalismos» que informaban la movilización de hinchas y las políticas del gobierno militar, respectivamente, no tenían las mismas raíces y contenidos más allá de un cierto lenguaje y ciertas manifestaciones exteriores comunes.

El gobierno militar trató de utilizar el fútbol para consolidar su proyecto nacionalista-reformista, tal como lo haría con otras expresiones culturales como la danza, la música o los símbolos históricos, y tal como lo han hecho otros gobiernos populistas y nacionalistas en América Latina<sup>103</sup>. Cuando los éxitos se sucedían, el gobierno militar se subía a la marea futbolera —a través de discursos, condecoraciones, mensajes de felicitación, fotografías, invitaciones—, para tratar de capitalizarse políticamente gracias a la popularidad del deporte. La conexión discursiva entre el supuesto «nuevo» futbolista peruano —liberado de viejas taras, exitoso y capaz de superar adversidades— y el proyecto de forjar un «hombre» y una sociedad nuevos a partir de las reformas militares —nacionalización del petróleo, reforma agraria, redistribución del ingreso, reivindicación del mundo rural e indígena, lucha contra el imperialismo, etcétera— fue casi inevitable. Los futbolistas se convirtieron en héroes colectivos y símbolos de lo mejor que tenía el país. Incluso, quienes no eran necesariamente simpatizantes del gobierno pero intuían que la mayoría de peruanos compartían la fiebre nacionalista, no dudaron en sugerir, a veces explícitamente y a veces en un tono más velado, una sintonía entre los éxitos deportivos y los éxitos del gobierno en la forja de un nuevo Perú.

Para el público, en especial los aficionados limeños, la campaña de 1969-1970 sirvió para desplegar una serie de conductas que reflejan un nacionalismo exacerbado pero superficial, en el que los gestos y los símbolos ponían de manifiesto sentimientos intensos y efímeros. El despliegue de banderas, tanto en el estadio como en las caravanas celebratorias, los gritos y cantos llenos de notas patrioteras y la presencia constante del himno nacional —cantado, además, según los reportes, con verdadera emoción y hasta cierto punto, histeria— ponen de manifiesto una comunión de sentimientos que unía transitoriamente a los aficionados en un «sentirse más peruanos que nunca» al calor de los éxitos y las ilusiones futbolísticas<sup>104</sup>. En proporciones difíciles de precisar, nos resulta claro que este despliegue de nacionalismo futbolístico estaba siendo alimentado también por la retórica, los gestos y las acciones del gobierno militar.

---

<sup>103</sup> Sobre el nacionalismo cultural del gobierno militar, ver, por ejemplo, los trabajos de Heidi Feldman (2006) y Thomas Turino (2003) en relación con la música y la danza afroperuanas, y de Leopoldo Lituma (2011) y Anna Cant (2012) sobre el uso de imágenes y símbolos históricos en la propaganda gubernamental.

<sup>104</sup> Las referencias al himno nacional son abundantes en la prensa limeña. Agreguemos una más a las ya mencionadas en este artículo: «Madurez cívica mostró público al entonar el Himno Nacional» fue uno de los titulares de *La Crónica* luego del partido con Bolivia. Y agregó: «El Himno Nacional fue cantado con tanta unción que emocionó no solo a los asistentes, sino que conmovió a los bolivianos, que se sintieron sobrecogidos por la potencia con que en forma unánime vibraron las notas de [l] Himno Peruano». *La Crónica*, 18 de agosto de 1969, p. 13.

El momento de más clara sintonía entre el poder político y la hinchada futbolística parece haber sido la vuelta olímpica de Velasco antes del partido con Bolivia. Pero no siempre el fervor futbolístico se transformó en entusiasmo nacionalista en el sentido más ideológico, y mucho menos en apoyo explícito y duradero al gobierno militar. Para la gran mayoría de los aficionados, lo que estaba en juego en esa campaña futbolística era la posibilidad de concretar una ilusión: ver al Perú clasificarse al campeonato mundial y tener un gran desempeño en él, de modo que sea reconocido como potencia futbolística mundial y así tener algo de qué enorgullecerse. Los hinchas se sentían más peruanos que nunca luego del empate con Argentina en Buenos Aires y los triunfos ante Bulgaria y Marruecos en México, pero esta «peruanidad» resultó frágil y superficial.

El terremoto del 31 de mayo de 1970 mostró las primeras fisuras en esta aparente unanimidad de sentimientos reflejada en el fútbol y en el nuevo rumbo político por el que transitaba el país. Las críticas esgrimidas contra las celebraciones eufóricas en Lima luego de los triunfos ante Bulgaria y Marruecos, mientras que docenas de miles de víctimas del terremoto reclamaban ayuda y solidaridad, pusieron en evidencia que, al menos en el terreno de las percepciones (y en algunos casos, también en el de las realidades), no todos compartían el mismo imaginario respecto a lo que implicaba ser miembro de la comunidad nacional peruana. La nación, para muchos hinchas limeños, era poco más que una camiseta, unos resultados futbolísticos y una algarrabía transitoria cada vez que había un triunfo (o un empate) que celebrar. La nación no era necesariamente una comunidad de intereses colectivos que trascendían diferencias raciales, culturales, lingüísticas y geográficas.

Y luego, cuando se hizo evidente que, a pesar de la calidad del equipo peruano y del hecho de que se había trabajado con profesionalismo y seriedad para conseguir algunas victorias, era totalmente iluso pensar que este podría llegar más lejos de lo que llegó, volvieron a brotar las críticas, las censuras, las acusaciones y la indiferencia. El frío recibimiento que tuvieron los jugadores peruanos debió desconcertarlos, pero la explicación no es muy complicada: tanto para el gobierno como para un gran número de aficionados, ese equipo ya no satisfacía sus necesidades. En un caso, ya no podía ser usado como instrumento para promover un proyecto nacionalista de transformación social, y en el otro, ya no constituía un vehículo para exteriorizar emociones reprimidas y recuperar la autoestima perdida. Para volver al epígrafe de Galeano, los militares peruanos también podían decir «Yo soy la patria», pero difícilmente podrían haber seguido diciendo «El fútbol es la patria»: la patria no podía ser sinónimo de derrota.



## BIBLIOGRAFÍA

- Alabarces, Pablo (2002). *Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Applebaum, Anne (2002). Flag on the Field. Soccer, the last acceptable form of nationalism. *Slate*, 18 de junio. [http://www.slate.com/articles/news\\_and\\_politics/foreigners/2002/06/flag\\_on\\_the\\_field.html](http://www.slate.com/articles/news_and_politics/foreigners/2002/06/flag_on_the_field.html).
- Buruma, Ian (2008). Football Nationalism. *Project Syndicate*, 30 de junio. <http://www.project-syndicate.org/commentary/football-nationalism>.
- Cant, Anna (2012). «Land for Those Who Work It»: A Visual Analysis of Agrarian Reform Posters in Velasco's Peru. *Journal of Latin American Studies*, 44(1), 1-37.
- Carey, Mark (2010). *In the Shadow of Melting Glaciers. Climate Change and Andean Society*. Nueva York: Oxford University Press.
- Feldman, Heidi (2006). *Black Rhythms of Peru. Reviving African Musical Heritage in the Black Pacific*. Middletown: Wesleyan University Press.
- Franco, Carlos (1983). *El Perú de Velasco*. Tres tomos. Lima: CEDEP.
- Galeano, Eduardo (1995). *El fútbol a sol y sombra*. México: Siglo XXI.
- García Montero, Luis & Jesús García Sánchez (2012). *Un balón envenenado. Poesía y fútbol*. Madrid: Visor.
- Gotta, Ricardo (2008). *Fuimos campeones. La dictadura, el Mundial 78 y el misterio del 6 a 0 a Perú*. Buenos Aires: Edhasa.
- Hobsbawm, Eric (1992). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Lituma Agüero, Leopoldo (2001). *El verdadero rostro de Túpac Amaru (Perú, 1969-1975)*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Llonto, Pablo (2005). *La vergüenza de todos. El dedo en la llaga del Mundial 78*. Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.
- Loveman, Brian (1999). *For la Patria: Politics and the Armed Forces in Latin America*. Wilmington: Scholarly Resources.
- Lowenthal, Abraham (ed.) (1975). *The Peruvian Experiment: Continuity and Change under Military Rule*. Princeton: Princeton University Press.
- Méndez, Cecilia (2011). De indio a serrano: nociones de raza y geografía en el Perú (siglos XVIII-XXI). *Histórica*, XXXV(1), 53-102.
- Rein, Raanan (1998). «El primer deportista»: The Political Use and Abuse of Sport in Peronist Argentina. *The International Journal of the History of Sport*, 15(2), 54-76.

- Rénique, José Luis (2012). *Somos tres desconcertados discutiendo sobre nuestro propio desconcierto*, 10 de mayo [entrevista, por Patricia Wiese y Gerardo Saravia]. <http://www.revistaideele.com/ideele/content/jos%C3%A9-luis-r%C3%A9nique-%E2%80%9Csomos-tres-desconcertados-discutiendo-sobre-nuestro-propio-desconcierto%E2%80%9D>
- Salazar, Jorge (1980). *La ópera de los fantasmas*. La Habana: Casa de las Américas.
- Turino, Thomas (2003). Nationalism and Latin American Music: Selected Case Studies and Theoretical Considerations. *Latin American Music Review*, 24(2), 169-209.
- Velasco Alvarado, Juan (1971). Mensaje a la Nación con motivo de la toma de La Brea y Pariñas. 9 de octubre de 1968. En Velasco, *La voz de la revolución*. Tomo 1. Lima: SINAMOS.
- Wright, Thomas (2007). *State Terrorism in Latin America. Chile, Argentina, and International Human Rights*. Lanham: Rowman & Littlefield.